

La voz del hombre de un país de transición

(Conversaciones con Antonio Pereira)

Jaime Torcida Álvarez

Se dice de él que procede de una tierra a caballo entre la socarronería y la sobriedad, pero lo cierto es que su porte y su conversación no tienen aspecto de proceder de esa tierra; antes bien, parece lo que es: un industrial viajero que ha cambiado los números por las letras. Dicen de él que es nacido en Villafranca el año en que Primo de Rivera se hace con el control del aparato del Estado, y que tiene ese deje del villafranquino, mitad de villa y mitad de capital de provincia que fue en su momento, mitad señorial, mitad abandonada a su suerte y desplazada por esa industrial capitalidad del Bierzo, ahora asentada en Ponferrada. Pereira es un poco como su ciudad, achacoso y fuerte, franco y jugador a los dobles sentidos, tradicional y viajero, serio y socarrón. Un personaje curioso este Antonio Pereira.

VILAFRANCA EN EL RECUERDO. LA PREHISTORIA

-¿Cómo es su recuerdo de la Villafranca de la infancia?

- Del mundo villafranquino me atraía una cuestión que flota en aquel ambiente. Es una población que no acelera su pulso en la búsqueda del beneficio inmediato, sino que más bien permite a sus moradores una actividad en la que la lectura es algo normal; y escribir diría yo... también. Había ejemplos a seguir por un rapaz dado al ensimismamiento ya la literatura. Uno de ellos, D. Antonio Carvajal Álvarez de Toledo, que paseaba por las calles de Villafranca cubierto por una capa romántica, y que escribía, sobre todo, sonetos. En Villafranca concitaba el respeto y la admiración. Y D. Antonio, amigo de nuestra casa, iba por la tienda de mi padre y me leía sus versos. Eso yo lo interpretaba como que, a pesar de mi corta edad, ya se me consideraba digno de atención. Por aquel entonces compuse mi primer poema, y de la mano de D. Antonio comencé a colaborar en periódicos y revistas.

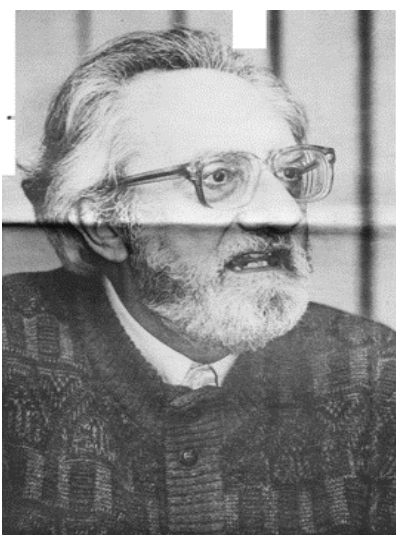
Pero el hecho que contribuyó a mi recogimiento fue algo tan trivial como el que a los once o doce años me pusieran gafas. Algo que hoy parece tan natural, entonces era raro, y por ello fui el blanco de los demás chicos de Villafranca, que me llamaban cuatro ojos y otras cosas así de cariñosas. A consecuencia de esto, me aparté de juegos violentos y me retraje un poco, y me dediqué a leer todo lo que caía en mis manos. No fue mala ayuda tener como padrino al librero de Villafranca, en cuya trastienda podía leer cosas tan extrañas para un niño de doce años como las

obras completas de Vargas Vila, cargadas de erotismo, o *Los Cantos de Maldoror*.

LA HISTORIA

-¿Cuándo comienza Pereira a trabajar lo que se puede decir a diario en la literatura?

-Nunca he dejado de trabajar en la literatura. Si la pregunta se refiere a mis comienzos al llegar a León, cierto es que suceden a mediados de la década de los cuarenta.



Entonces tomo contacto con los espadañistas, con D. Antonio González de Lama, si bien yo nunca fui espadañista propiamente dicho, sino que llegué cuando ellos ya estaban en plenitud de su empeño. Conocí a Crémer, Nora, López Anglada, Castro Ovejero, pero sobre todo a don Antonio González de Lama, de quien me consideré siempre un gran amigo, y por él me incorporé a las tertulias de la Biblioteca Azcárate. Casi inmediatamente encontré a un jovencísimo poeta llamado Antonio Gamoneda, al que le ocurría algo parecido; llegaba tímida y tardíamente a Espadaña. En la ahora histórica revista llegué a publicar unos poemas, y también en Alba, de Vigo, impulsada por el

poeta villafranquino Ramón González Alegre, y al mismo tiempo, en Diario de León, hacía un recuadro que se titulaba «Atalaya». Creo que en 1947 gano los juegos florales de León con un bosquejo geográfico e histórico, sobre Villafranca y su partido. Y al mismo tiempo, claro está había que comer y vivir Me refiero a la actividad comercial. Pero nunca me desvinculé de mi círculo. Y en la década de los cincuenta hay cuentos míos en periódicos y revistas, reuniones y recitales. Hasta que sale mi primer libro, hacia 1960.

-¿Cómo se inicia el contacto con Antonio Pereira con los editores?

-Presenté mi primer libro de poemas, titulado El Regreso, al Premio Adonais de poesía. Quedo entre los finalistas. Lo retoqué, le cambié el título dejándolo en El regreso, y así salió en la Colección Adonais. Recuerdo que en su publicación influyó un poco el hecho de que el poeta César Allier conociese a Luis Jiménez Martos,

director de la colección. Es pues lógico ser agradecido para las ayudas inolvidables, las viejas amistades.

-¿Pero existe una relación de fidelidad de Antonio Pereira para sus editores un tanto especial? Lo pregunto porque se trata de una época en la que nadie se hipotecaba a un solo editor, sino que cada uno editaba allí donde podía.

-Con Plaza-Janés comienza la cosa cuando en 1967 obtengo el Premio Leopoldo Alas de Relatos Cortos. Entre los miembros del jurado que me dio este premio estaba Enrique Badosa, poeta y director literario de esa editorial. Nos conocimos cuando se me entregó el premio y enseguida tuve yo una novela titulada *Un sitio para soledad* que había probado suerte en el Nadal de Novela y que no había quedado mal situada; creo que por delate de ella estaban Cunqueiro con *El hombre que se parecía a Orestes*, que obtuvo el Premio y Paco Umbral. Hice las gestiones con Destino a fin de que la publicaran, como a veces ocurría con las obras que habían llegado a una buena posición en las votaciones, pero al comentar el tema con mi paisano Carnicer, y aprovechando la relación trabada con Badosa decidí mandarla a Plaza y Janés, que la aceptó con relativa facilidad. El libro se vendió bien, puesto que se reeditó, y después pasó a la colección Reno, que llegaba a todos los puntos de venta, y se siguió vendiendo. Como consecuencia de esto, tuve abiertas las puertas de aquella casa. Pero no es cierto que yo lo haya tenido siempre fácil para publicar, de eso nada. Incluso he tenido que sacrificar la verdadera condición de una obra para atenerme a exigencias editoriales. Me explicaré: una novela mía que se vendió y publicó como tal, *La costa de los fuegos tardíos*, podría considerarse más bien una colección de relatos, que si se hubiera titulado *Relatos de la costa o Relatos del Sur* hubiera sido más fiel a los propósitos de autor: Si escribías una novela, podían publicártela antes o después. Pero si entregabas un libro de cuentos había editores que ni se molestaban en leerlo. Otro dato curioso es que mi libro de relatos titulado *El sitio del inglés*, que luego se publicó con variaciones como *Los brazos de la I griega*, no salió en Plaza y Janés, y, sin embargo, ellos lanzaban una edición de muchos miles de ejemplares de mi libro *Historias veniales de amor* en su colección Rotativa. Deben ser misterios del marketing... luego, en fin, llega un momento en que parece que definitivamente se me abren las puertas para la publicación de mi narrativa breve. Es casi una progresión geométrica. Si te publica un editor de cierta calidad, las puertas están abiertas. Por esta razón la publicación en la casi mítica colección Austral de *Cuentos para lectores cómplices* fue muy interesante, puesto que a la importancia de Espasa se une el precio, económico, y una gran difusión. Actualmente estoy editando con Mondadori, en la que salió primero *El síndrome de Estocolmo*, -que rodó bastante bien y obtuvo el Premio Fastenrath de la Academia. Cuando ofrecí *Picassos en el desván*, ya tenían en la editorial una experiencia favorable.

-¿Y su época de *El Ingeniero Balboa*?

-*El ingeniero Balboa*, sí. Es un libro que estimo mucho. Tenía yo un conjunto de relatos y lo presenté apresuradamente al concurso Novelas y Cuentos, bajo el título *Matar la mosca; cuando empieza*. Y no salió adelante. Pero no hay mal que por bien no venga. Esto me ha pasado más veces, sacar fruto de la contrariedad. Seguí trabajando en esta obra, los diez o doce cuentos los reduje a cuatro «historias civiles». Y creo que el resultado no fue desdeñable.

LA MALA SALUD DE HIERRO

-Dicen de Vd. que es el hombre de la mala salud de hierro, en frase afortunada que yo considero suya. ¿Cómo ha influido esta mala salud en su obra y su espíritu viajero?

-La frase no es mía. La oí referida a Vicente Aleixandre, que se pasó años y años tumbado a la sombra de su paraíso; yo no he llegado a ese quietismo, a veces pienso que envidiable... He padecido diversos episodios serios, y ahora puedo decir que esos procesos han contribuido a mi quehacer creador. Las pausas de expectativa o reposo me han dado tiempo y lugar para pensar, leer y enriquecerme literariamente. Y mis experiencias afloran a veces en mi obra. En una ocasión, al menos, de una manera bastante explícita: ocurre con esa confesión en *El ingeniero Balboa* en la que el narrador se dirige a la enfermera con tono doliente y vehemente.

-¿Qué hay de autobiográfico en su obra?

-Creo que hay bastante, ya veces aparece de una manera ostensible y ostentosa; el protagonista se llama como yo, vive en el mismo sitio que yo, etc. Esto lo resaltaba el inolvidable Gullón llamándolo ficcionalización del autor, y que alcanza un marcado nivel en *El síndrome de Estocolmo*, en el primer relato. Mi mujer y yo hemos sido literalmente asaltados a preguntas sobre el suceso que origina el cuento, como si éste fuera verídico. Pero no hay que dejarse engañar. Lo que yo escribo son ficciones.

EL CAMINO DE LA FAMA

-¿Considera necesario el paso por riguroso turno por la labor de poeta, novelista, cuentista para llegar a ser un buen constructor de ficciones?

-Poesía, en lo etimológico, es creación. Como poeta creador de cuentos creo que me he visto ayudado por mi previa condición de poeta en verso. La disciplina del verso me ha proporcionado el de la economía verbal, de la palabra sugerente. Creo que vale incluso en la novela. Pero vale mucho más en la labor cuentista. En el cuento hay

saber prescindir de determinados hallazgos, aunque sean espléndidos, si no son absolutamente necesarios. Todo hay que encaminarlo a ese efecto único que hablaba Poe. Lo de esa trayectoria que dice usted... Bueno, yo creo que paso del verso a escribir cuentos, de ahí a novelista, y de ahí a cuentista, que es mi pequeña pasión actual. Suponiendo que una pasión pueda ser pequeña.

-¿Cree haber creado lenguaje y mundos propios?

-Sí, francamente, sí. En otro caso, no estaría escribiendo. Si un escritor a estas alturas de la vida no tiene ni voz ni mundo peculiares, una marca de fábrica, como si dijéramos, es que su labor no ha servido de nada.

-Ese tipo de recursos de creación de mundo propio, nombres, paisajes, uso de determinadas formas de diálogo, ¿tiene mucho que ver con lo fronterizo, con lo berciano, o con este otro componente de su personalidad que es el viaje, el cosmopolitismo?

-Creo que en mi obra existe bastante cosmopolitismo, y también exotismo, concepto que en mi caso considero más adecuado. Me muevo mucho y me gusta hacerlo como viajero más que como turista. A veces quisiera hacerlo como peregrino, pero es un poco incómodo, verdad... Lo que sucede es que estas salidas a un mundo exterior tan diferente no han invalidado nunca mi interés por lo autóctono. Fíjese que he escrito y escribo relatos provincianos, como si usted quiere decir provincianos o comarcanos. Luego pasa que a lo mejor mi protagonista está en el Nepal y resulta ser un paisano mío de Ambasmestas, en el valle de Valcarce. Con respecto a estos recursos estilísticos que le parecen consecuencia de mi nacimiento y formación en tierra fronteriza, no soy muy consciente de ello, ni quiero serlo. Pero sí le admito y considero probable, lógico y deseable el que en mi voz y en mi discurso se respire mi país. Estas cosas uno mismo no sabría explicarlas muy bien...

-¿Cómo influyen los premios literarios en la obra de Antonio Pereira?

-Creo que no influyen mucho, quizá lo único que aportan es mayor oportunidad para poder publicar. De ese modo los latazos y sinsabores de hacer antesala en las editoriales se pueden evitar, y eso es tiempo para emplearlo en la creación.

-¿Se infatúa el autor al recibir premios?

-Hombre..., el escribir es un trabajo solitario, azaroso, no bien pagado, ¿quiere usted que, además, uno sea San Francisco de Asís? Por otra parte, lo de humilde, no sé, me parece un adjetivo como mojigato.

EL CINE Y LA OBRA

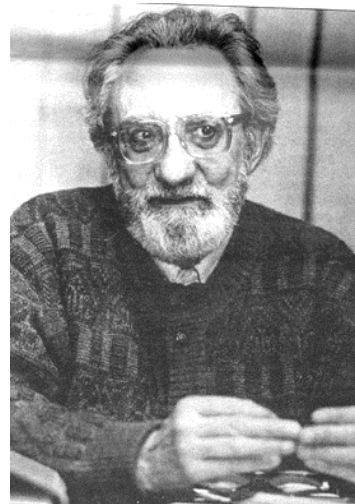
-¿Se siente realmente ese sentimiento de renuncia de la propia obra cuando llevan un cuento escrito por un autor al cine?

-Cuando vi *Las peras de Dios* en cine es cierto que vi otra cosa. No una degradación ni una infidelidad. Sencillamente otra cosa. Ahora mismo tengo ofertas para preparar relatos míos para la televisión, y considero que es una oferta tentadora. Pero no sé. El mundo que a mí me va es el de la letra impresa, el libro. Yo deseo a mis lectores que disfruten tanto como yo en esa fiesta absolutamente solitaria que es la lectura.

-¿Cómo ve usted el panorama del cuento español actual?

-Hay novelistas que escriben cuentos de ocasión o de encargo, como quien hace un ejercicio de manos, o por sacarse unas pesetillas. Esto lo hacen casi todos los novelistas famosos. Pero hay unos nombres especialmente reconocidos por su actividad en el cuento literario. De éstos, los que generacionalmente me resultan más próximos don los procedentes de la llamada generación del medio siglo.

Jorge Ferrer Vidal, Medardo Fraile, Manuel Pilares, Martínez Mena, Meliano Peraile, por citar algunos nombres. Han escrito y siguen escribiendo cuentos excelentes, y a veces uno tiene la impresión de que algunos críticos e historiadores de la literatura son sospechosamente olvidadizos. También hay jóvenes, y se les ve empujados hacia el cuento de una manera imparable. Bastará el ejemplo de Agustín Cerezales, con un solo libro **-Perros verdes-** y ya es un maestro. Y en cuanto a las revistas, ahí está la navarra *Lucanor*, algo único, una publicación dedicada al cuento con absoluta exclusividad. Lo que sí importa mucho es que las editoriales se abran a este género, como parece que está ocurriendo.



En cambio, lo que dudo sea bueno a la salud del cuento es la proliferación de concursos, sobre todo cuando se trata de juzgar piezas sueltas y no libros.

VARIA LECCION

-Dicen que usted es un escritor irónico.

-La ironía es conveniente en el tratamiento de los temas frívolos y ligeros. En los

temas de trascendencia la ironía es indispensable.

-¿Es necesario viajar para narrar?

-Un personaje de una de mis fábulas dice algo que yo suscribo: Se viaja para regresar y se regresa para contar.

-¿Cree haber creado escuela D. Antonio Pereira entre los escritores leoneses?

-Creo que no. Hombre, alguna vez, leyendo a algún autor de por aquí, me ha parecido encontrar alguna resonancia, quizá mera coincidencia. No soy consciente de haber tenido seguidores.

-¿Cuál es su relación con la generación de escritores leoneses de éxito actual?

-Es una relación muy buena y cordial. Mejor que la de hace años, cuando ellos eran inconformistas e iconoclastas -como debe ser- y a los de nuestra edad los miraban con recelo. Eso se repite en la historia, los hijos tienen muchas reservas respecto a sus padres. Claro que ellos ya van siendo padres, y dentro de nada, abuelos... La nómina de la literatura leonesa actual ha puesto el listón muy alto, por cantidad y calidad, de manera que ya uno va con cuidado a una editorial o a la redacción de un periódico. ¡Dios mío, otro de León!, oyes decir, o lo sospechas. Las generaciones por venir lo van a tener muy duro. Pero también puede ocurrir que lo conseguido por los de ahora les sirva de acicate y ellos vayan todavía más lejos. Ojalá.